

Las dos caras del legado griego

La imagen idealizada de la Grecia antigua se consideró durante mucho tiempo un marco histórico auténticamente modélico para tiempos posteriores. La orgullosa proclama del poeta romántico inglés Percy Bysshe Shelley, «todos somos griegos», se hacía eco de esta idea situando las raíces de las leyes, de la literatura, de la religión y de las artes en la antigua Grecia, que se convertía de este modo en la cuna indiscutible de la civilización europea. La idea caló profundamente en la conciencia colectiva occidental, hasta el punto de que hoy nos consideramos legítimos herederos de estos ilustres antepasados. Nos sentimos en deuda con ellos por su aportación de unos valores considerados esenciales para el avance imparable de la civilización, como la libertad, la democracia, el sentido de la justicia, la apreciación de la belleza o la importancia de la razón. Sin embargo, este panorama tan ejemplar e impecable resulta más bien problemático desde un punto de vista estrictamente histórico. El mundo griego antiguo poseía numerosas limitaciones, e inconvenientes de todo tipo que lo distancian de una sociedad

armoniosa e ideal, y se distingue en muchos aspectos de su mentalidad y sus comportamientos de la sensibilidad política y moral moderna. Era más bien un mundo áspero y violento, movido por unos parámetros de conducta que distan bastante de los que imperan en la actualidad y que, en muchos casos, resultan difíciles, si no del todo imposibles, de asumir. El mundo aparentemente luminoso y brillante, regido por los cánones de la razón y la belleza, reflejado en los versos de sus poetas y en las disquisiciones de sus filósofos o en las blancas estatuas de mármol y en las esplendorosas fachadas también blancas de sus templos, muestra importantes fisuras, ofreciendo además otras muchas facetas más tenebrosas e irracionales, que no pueden obviarse a la hora de hacer balance. Un legado, en suma, de dos caras bien distintas que deben considerarse al unísono si pretendemos entender de la manera correcta la importancia y el significado de su paso por la historia.

El talento griego

Los griegos hicieron gala de un talento particular que impresionó ciertamente a los pueblos vecinos, deseosos de obtener a toda costa lo mejor de sus realizaciones artísticas e intelectuales. Algunos dinastas indígenas de Asia Menor construyeron impresionantes monumentos funerarios al estilo griego que todavía podemos apreciar; los etruscos sintieron especial apego por sus magníficas

cerámicas pintadas y las hicieron ocupar un lugar preferente en sus ajuares funerarios; los tracios y los escitas acumularon también en sus tumbas una serie de ornamentos personales y vasos metálicos elaborados con gran maestría que tienen un claro origen griego; los celtas e iberos adoptaron de los griegos los utensilios adecuados para el banquete así como sus técnicas y patrones en escultura, como revela la importante estatuaria ibérica; y finalmente los romanos, primeros artífices de la conversión de Grecia en una cultura modélica, imitaron sus formas literarias, aprendieron de las enseñanzas de sus filósofos, llevados hasta Roma con este fin, y se apoderaron de sus extraordinarias esculturas, saqueadas en masa en el momento de la conquista y copiadas después en mármol de manera incansable para surtir un floreciente mercado local. Las obras de arte griegas continuaron despertando atracción e interés en los tiempos posteriores y hasta la actualidad; aún ocupan un lugar preferente en los museos principales del mundo. Algunas piezas destacadas concitan incluso la atención preferente de sus numerosos visitantes, como la Venus de Milo y la Victoria de Samotracia en el Louvre, los mármoles del Partenón en el museo Británico, el altar de Zeus de Pérgamo en Berlín, o copias romanas derivadas de originales griegos, como el Laoconte y el Hércules Farnese, en los Museos Vaticanos; por no mencionar ya en la propia Grecia obras destacadas como el Zeus del cabo Artemisio en el museo nacional de Atenas, el Auriga en el de Delfos o el Hermes atribuido a Praxíteles en el de Olimpia. Otras

obras no menos sobresalientes, exhibidas en museos algo más periféricos respecto a las corrientes turísticas habituales, se han hecho igualmente célebres en los medios populares, como los Bronces de Riace, en Italia, o la enorme crátera de bronce hallada en Vix, en Francia. Quizá menos mediáticas, pero no menos excepcionales, son las magníficas colecciones de cerámica, particularmente la ateniense con unas figuras negras y otras rojas, expuestas en numerosos centros museísticos de Italia, lugar privilegiado de los hallazgos, y de otros países europeos, como resultado de la difusión extraordinaria que alcanzó este producto típicamente griego por todos los rincones del Mediterráneo, y de su carácter casi indestructible (a diferencia de otros objetos de carácter más perecedero o sujetos a transformaciones más lucrativas, como el metal).

Los restos de la arquitectura griega, que todavía pueden contemplarse en la propia Grecia, en Turquía, o en el sur de Italia y Sicilia, son también objeto de gran admiración, a pesar de su estado fragmentario y ruinoso, tan distante de su esplendoroso aspecto original. Destacan especialmente los templos y teatros, construidos con sofisticadas técnicas arquitectónicas capaces de corregir deformaciones visuales de un templo como el Partenón o de dotar a recintos teatrales como el de Epidauro de una acústica digna del mejor auditorio moderno. La fascinación por esta clase de arquitectura ha condicionado después la construcción de una buena parte de los edificios oficiales más representativos, desde los romanos a la actualidad, adoptando en medida más o menos solemne

la grandiosa apariencia de las fachadas antiguas, con sus frontones decorados y sus imponentes columnas. La arquitectura griega dejó también sus huellas más allá de las estrictas fronteras del mundo griego clásico, desde algunos monumentos funerarios de Asia Menor, como el de las Nereidas procedente de Licia y hoy reconstruido en el Museo Británico, o las imponentes ruinas de la ciudad de Cirene en la actual Libia, hasta los edificios que adornaban la ciudad de Ai Khanoum en pleno Afganistán (a juzgar por la sofisticación de algunos de sus elementos hallados en las excavaciones), pasando por los impresionantes restos de algunas ciudades helenísticas como Palmira en Siria, Baalbek en el Líbano o Gerasa en Jordania. El denominado trazado hipodámico, la planificación de la ciudad con calles paralelas y perpendiculares que se entrecruzan con grandes espacios públicos, sigue siendo el modelo urbanístico fundamental adoptado por muchas capitales modernas. La erección de estatuas o de grupos escultóricos en determinados lugares emblemáticos y la construcción de grandes pórticos que adornaban espacios públicos, como el ágora, han dejado también su correspondiente legado en las modernas avenidas y plazas de las ciudades actuales.

La pintura griega resulta algo más desconocida, pero, a juzgar por los ecos dejados en la pintura de los vasos cerámicos y en las decoraciones murales de las tumbas macedonias, alcanzaron también una gran capacidad narrativa, con un dominio del claroscuro y de la profundidad en la representación del espacio, aspectos que

confirma la descripción de autores antiguos que pudieron contemplarlas todavía *in situ* como Pausanias en su guía de la Hélade. No sorprende menos la maestría alcanzada en las llamadas artes menores, como la toréutica, o el diseño de gemas y monedas, un campo en el que destacan los excepcionales retratos de los monarcas helenísticos reflejados en sus acuñaciones oficiales.

Los griegos desarrollaron también una literatura de una elevada calidad no menos sorprendente, a pesar de que tan solo ha llegado hasta nosotros menos del diez por ciento de la producción total y se han perdido, en consecuencia, numerosas obras que habrían resultado de gran interés. Entre ellas pueden citarse la poesía lírica, conservada solo de manera parcial en fragmentos papiráceos o en escuetas citas de otros autores; la descripción del mundo habitado (*Periegesis*) de Hecateo de Mileto; la historia universal de Éforo; la historia de su tiempo de Jerónimo de Cardia, que nos permitiría conocer mucho mejor la época de los diádocos; la comedia antigua y nueva, de la que tan solo tenemos once obras de Aristófanes y dos obras de Menandro; los tratados de los filósofos, más allá de los diálogos platónicos y algunos tratados de Aristóteles; la geografía de Eratóstenes, o los numerosos tratados científicos compuestos sobre todo en el seno del Museo de Alejandría. Las obras conservadas muestran una gran capacidad de expresar de la forma adecuada todo tipo de sensaciones, una gran profundidad de ideas, y un poder de atracción sin igual por sus extraordinarios personajes y sus apasionantes historias.

Son textos que todavía siguen ganando lectores, aunque sea bajo el inevitable y costoso peaje de las traducciones, gravadas por la pérdida de la fuerza y la concisión de las palabras griegas. La poderosa expresividad de los versos homéricos ha dado vida a escenas y personajes inolvidables, los poemas líricos supervivientes evocan con fuerza toda clase de sentimientos y emociones, las pocas tragedias conservadas contienen emocionantes cantos corales y alegatos apasionados sobre temas fundamentales de la existencia humana. Heródoto nos sigue sorprendiendo con su fascinación ante las cosas asombrosas que encontró a lo largo de sus viajes; Tucídides es mencionado de manera constante cada vez que en el mundo moderno suceden acontecimientos que suscitan la reflexión acerca de la conducta imprudente de los seres humanos en circunstancias poco favorables a la concordia y al entendimiento mutuo; los diálogos platónicos están llenos de viveza y agudas reflexiones; y seguimos debatiendo incansablemente sobre la bondad o maldad de los diferentes regímenes políticos tras los pasos ya marcados en su día por Aristóteles.

El genio griego mostró siempre su enorme capacidad de creación a la hora de expresar o modelar la belleza mediante el uso de sofisticadas técnicas literarias o artísticas. Ciertamente, los griegos no partieron de cero, sino que supieron aprovechar los préstamos procedentes de las culturas más antiguas y desarrolladas de su entorno, Egipto y Mesopotamia, asimilando sus aportaciones de carácter intelectual, técnico e iconográfico en el menor

tiempo posible, y convirtiendo sus nuevas creaciones en productos que casi de inmediato resultan identificables como propiamente griegos. No es casualidad que la ciudad de Mileto, cuna de autores como Hecateo, Tales o Anaximandro, se convirtiera en uno de los principales centros de creación durante el período arcaico. Situada en las inmediaciones del reino lidio y, después, ya dentro de los dominios occidentales del Imperio persa, por donde circulaban los intercambios y las transferencias de motivos, ideas y técnicas, fue el lugar adecuado en el que captar todas estas innovaciones.

Los griegos poseían también una enorme capacidad para la narración, desarrollada tanto a nivel literario, en sus relatos e historias, como iconográfico, en sus relieves escultóricos y las pinturas que decoraban sus vasos cerámicos. Los frontones y frisos de los templos y numerosas piezas excepcionales de cerámica, como el famoso Vaso François, que constituye un auténtico repertorio visual de la mitología, constituyen excelentes ilustraciones de esta capacidad narrativa de los pintores griegos, que pretendían incluso rivalizar con la poesía épica en el relato de las grandes hazañas míticas. Este aspecto narrativo se encuentra también en otras culturas anteriores, sobre todo a nivel artístico, como revelan los frescos cretenses o los extraordinarios relieves de los palacios neoasirios; pero los griegos supieron dotar a sus figuras de las connotaciones emotivas fundamentales trasmisibles al espectador, que quizá resulta más difícil de percibir en los majestuosos esquemas orientales. Un claro ejemplo de

esta capacidad de transmitir emociones a través de la imagen son las conmovedoras estelas funerarias atenienses. La gran emotividad de las escenas, puesta quizá de relieve durante los ritos funerarios, aparece ahora contenida en la representación del difunto despidiéndose de sus allegados. Erigidas en honor del cabeza de familia o del heredero desaparecido de forma prematura, de la madre, de la joven recién casada o sin casar todavía, o del caído en combate, las enternecedoras imágenes aparecen además acompañadas de una breve inscripción que enfatiza, todavía más, este tipo de emociones y apela incluso al caminante para que contemple la tumba en su afán por el eterno recuerdo de su memoria. Los monumentos funerarios erigidos en honor de los caídos en combate resultan también enormemente expresivos en este terreno, como la célebre estela de Dexileo, que muestra a un jinete cargando contra un enemigo, en referencia a la hazaña lograda en la guerra de Corinto.

Algo similar sucede con la literatura. La ausencia de un Heródoto persa nos ha privado de conocer la historia del enfrentamiento entre griegos y persas desde su propia perspectiva, limitada a las grandes inscripciones reales que proclaman la grandeza de sus reyes apoyada por la ayuda de la divinidad. En cambio, el relato puntual y desarrollado del historiador griego nos traslada de lleno a la tensión previa a las batallas, a la caracterización de los diferentes protagonistas, a la demostración de sus emociones y reflexiones, y a la grandeza épica de los combates librados por dos antagonistas empeñados

desesperadamente en la consecución de sus respectivos objetivos. Una visión ciertamente parcial e interesada, a pesar de sus muchos matices favorables al enemigo, pero significativa del genio griego para la narración de acontecimientos grandiosos que podían determinar el curso de la historia.

El poder de las palabras

La extraordinaria capacidad griega para denominar las cosas se pone también de manifiesto en el hecho significativo de que todavía conocemos el mundo con muchos de los nombres con los que ellos lo designaron: otorgando entidad a continentes como Europa y Asia; denominando extensas regiones que poseían una geografía común como Mesopotamia o Iberia; catalogando países enteros como Egipto (siendo el nombre griego y no el propiamente indígena el que ha prevalecido); dibujando mares como el Adriático o el Tirreno; o agrupando pueblos que no se corresponden del todo con una realidad, mucho más diversificada desde el punto de vista étnico o cultural, como los etíopes, los escitas, los tracios, o los fenicios. Casi una cuarta parte de las palabras utilizadas en las principales lenguas occidentales deriva del griego. Algunos términos fundamentales como *idea*, *política*, *problema*, *teatro*, *mártir*, *orquesta* o *cinema*. Palabras que designan determinados saberes como *geografía*, *geometría*, *meteorología*, *astrología*, o *cosmografía* poseen

un sello inconfundiblemente griego. Incluso algunas de sus principales instituciones sociales, como el *simposio* y el *gimnasio* continúan en sus modernas versiones, sin apartarse en exceso de su significado original, designando respectivamente un encuentro científico o un lugar donde desarrollar el ejercicio físico. La lengua griega ha proporcionado además al mundo moderno etiquetas necesarias para designar la mayoría de las enfermedades y medicamentos, gracias a su extraordinaria concisión y exactitud. Muchos de sus mitos continúan también vivos en la memoria colectiva y dan nombre a determinadas situaciones y circunstancias: como «odisea» para calificar el paso por situaciones complicadas; «se armó la de Troya» para designar el desencadenamiento de un conflicto en referencia a la famosa guerra; el «complejo de Edipo» para recordar la complicada y fatal relación del héroe con su padre; los «trabajos hercúleos» para indicar las grandes dificultades a la hora de conseguir algo aludiendo a las grandes hazañas del héroe; o «el talón de Aquiles», para hacer referencia al flanco más frágil de algo o alguien en recuerdo del punto débil del héroe homérico.

El irresistible encanto de sus mitos

El mito es uno de los elementos definitorios más característicos de la cultura griega. Al principio era un relato tradicional, de carácter oral, centrado en las preocupaciones humanas esenciales y en las instituciones sociales